

LO QUE TÚ DEBES

PIENSA siempre que todas las cosas que te rodean son fragmentos dispersos de la variadísima dispersión de la unidad, que Dios te envia.

¿Por qué eligió El para tí entre tantos millones de seres, estos familiares, estos amigos, esta red infinita de objetos y cosas que encuadran tu vida? Seguramente te los envía porque les eres deudor de algo. Penetra, pues, con tu voluntad y tu querer sus deseos más íntimos formulados vagamente en el sagrario divino de su alma cerrada, como el primer paso de la realización que Dios te exige para ellos, y calladamente, como si obedecieras un alto mandato previo, ábrete discretamente en aromas, como una flor al beso de la alborada, y ofrécete.

Piensa que cada gesto característico de lo inanimado, cada

mirada de lo viviente, cada palabra humana, hasta cada puntito luminoso del cielo que parece señalarte un paso de luz en la ruta de la gloria, encarna una súplica dirigida a tí. Una súplica a tu amor.

¿Dudas? ¿Crees que existe un solo ser que no ama, que no ansía, que no adora? Toda vida, por ínfima que aparezca confundida en el moviente campo de la vasta existencia, es como un ávido tronquillo que se encarama para ofrecerse engalanado al día con el policromo don de la ansiada aurora. ¿Puedes dar un regalo de luz de la amorosa aurora de tu alma? ¿No has pensado nunca en la callada demanda que palpita el mundo y que su sola presencia ante tí entraña?

Si alguien negara ante tí la eternidad porque no la viera, prodiga al ciego la más ardiente de tus caricias, la más cálida de tus palabras, y aguarda. Que una sola frase de cariño guardada entre la hiel de un corazón amargo, será algún día para el protervo, cuando en silencio la guste, más dulce a sus labios hambrientos.

Y el recuerdo del zumo de amor dulcísimo, hará nacer luminoso de sí mismo el Dios negado, como la riente sorpresa del primer rayo del alba sobre la tierra obscura...

Lo que quieren de tí las cosas y las almas, son regalos de amor, son besos de eternidad.

Mira, observa, escucha.

¿Ves? ¿Por qué si no, acercan a tí sus cabecitas mimosas, sus bocas hambrientas, sus miradas ansiosas, sus bracitos suplicantes? Fija tu mirada en este signo misterioso como un símbolo sagrado que marca el carácter propio reflejado en la faz de cada cosa. Es como un interrogante ansioso y vivo que se prolonga en la espiral de una esperanza infinita sobre el punto inconmovible de la amorosa espera.

Baja de una vez de tu torre altiva, alma solitaria donde vagas voluntariamente cautiva; desciende del trono de la separatividad en cuyos brazos de oro que fingen garras frías desgarraste estérilmente mil ocasiones perdidas de felicidad a los hombres, de obediencia a los dioses.

Desciende al llano, entre las flores silvestres, indefenso y desnudo, maravillado aun del milagro de tu propio paso, y escudado

sólo con tu sonrisa, envuelto en la túnica de tu pureza más impenetrable que la férrea malla, confiado en el poder de tu hermosura, no temas ni fieras ni zarzas. Sonríe a las primeras, y bajo el encanto que derrames, caminarán sumisas ante tí, y librarán, callando, los zarzales de tu sendero. Déjalas que te precedan, y andarás más seguro.

Despierta a tu paso, como el sol naciente a las dormidas flores y aparta el arbusto que les da sombra. Si el rocío de la felicidad no las baña, préstales la humedad de tus labios sonrientes. ¡Cuán dulces son los besos del blanco caminante cuando falta el rocío de la felicidad sobre la seda de unos pétalos marchitos!

Acaricia las hierbas si falta el viento, al pasar, y el soplo suave y perfumado que levanten los aleteantes pliegues de tu túnica clara, será para ellas más grato que el fluídico don de las brisas. Deja que la orla de tu traje roce y bese el polvo de tu camino. Y si un día hallares una piedra en medío de él, en lugar de evadirla rodeándola, descansa un instante sobre ella. Después levántate fortalecido, mira al cielo, y sigue sonriente tu camino de amor...

Tu cariño, tus ternuras, las caricias de tus manos, el consuelo de tus palabras que se desgranan sobre la aridez de los humanos trigales, la euritmia de tu cuerpo y de tu paso que brindas y unes a la armonía del paisaje, el centelleo de tus miradas que ofreces a las rutilantes lamparillas del cielo, el hálito suave de tu soplo y de tu aroma, hasta las mismas huellas de tus pies desnudos, deben ser las monedas de oro con que pagas tus deudas al cielo, a la tierra, a los hombres, a los animales, a las cosas.

Y verás entonces, ¡oh caminante de alba túnica!, que lo que das a la vida que te rodea como el pago de una deuda anticipada, es recibido por ella, invocando el nombre de tu Dios, para tus dichas, como ofrendas y venturas y regalos...

Cuando ofrezcas cuanto tienes como pagos amorosos de tus deudas de amor, peregrino del camino afortunado, volverán a tí tus regalos y tus dones ofrecidos, como tributos de nuevas deudas de gratitud rendidas a tus pagos primeros...

Este es el debe y el haber que anota en el libro de sus destinos, el cajero de los tesoros de la divinidad.

Pero acuérdate siempre de que siempre debes... Que hasta en

ımbre roqueña del monte humano, no acabarán tus deudas; hasta allí no empezarán tus verdaderas dádivas...

igue tu camino de amor, y brinda incansable y sonriente tu er a todo...

Por qué si no pondría Dios entonces a tu vera elegidos entre ɔnes y millones de seres estos padres, estos hijos, estos herma- estos amigos? ¿Por qué inclinan sus tallos, torciéndose ante ıtas flores? ¿Por qué atrae tus miradas este cachito de cielo endido sobre tí de los cielos infinitos?

?or qué te miran, huídas de la celeste corte innumerable del amento, estas estrellas perdidas, llamándote con el ansia rosa de sus destellos parpadeantes?

PEPITA MAYNADÉ Y MATEOS.

ꞰA EXCURSIÓN POR LA NADA



A posesión de una facultad conduce inevitablemente a su uso; y llega un momento en que de un modo igualmente inevitable, ese uso trata de justificarse y explicarse. ¿Por qué, por quién, cuándo y cómo el yo, (que es el nombre de la ltad que voy a considerar), vino a la existencia? ¿Nació mi porque, si nació, debe haber existido un estado anterior a él. i yo *no* nació, entonces debe haber existido siempre. Ambas tésis no nos separan de la existencia. Si mi yo fué parte de yo existía; y si *yo* fuí siempre yo mismo, yo existía. El pro- de llegar a ser lo que soy, sólo da idea de un desarrollo, to que la nada es lo que *no* es.

emontándonos hasta lo último, siempre hay un orígen en todo ıe existe. Pero el orígen nos desconcierta, por cuanto no es rígen. Tal como se interpreta comunmente, me atrevo a ase- r que no hay palabra peor empleada que la de orígen; voy

más allá aún, y digo que no debiera tener sitio en nuestro diccionario. Lo que llamamos orígen, es sólo un orígen relativo; pues si bien podemos decir que la harina es el orígen del pan, y el trigo el orígen de la harina, un sólo momento de reflexión nos hará ver lo mal que usamos la palabra «orígen», a falta de verdadero conocimiento. Ahora se presenta ante mí el problema del verdadero orígen, de ese orígen que nos deja en suspenso, en todo su misterio. Podemos llegar a conocer procesos dimanantes de una primera causa, con varios grados de certidumbre, si enfocamos en ellos nuestras mentes; ante la Primera Causa, nos inclinamos en silencio.

La nada, palabra que en muchos idiomas quiere decir literalmente no-cosa, tiene su representación más a mano para nosotros, en el espacio; pero una *no-cosa* no puede tener existencia, y por lo tanto tiene que ser absolutamente incognoscible en cualquiera fase de conciencia. El Espacio, sin embargo, debe *existir*, pues ni aun el vacío satisface a nuestras pesquisas en busca de la Nada. El mismo espacio es un vehículo en regiones de vacío; y al decir que en primer lugar había el espacio, me veo obligado a buscar un estado anterior al espacio. Hasta que encuentre la Nada, no puedo señalar una Primera Causa; ambas nociones están indisolublemente unidas en nuestras mentes, puesto que una precede a la otra.

Nuestras mentes se vuelven hacia una primera causa, cuando reflexionamos sobre la naturaleza de la existencia. Siempre miramos los dos procesos de evolución e involución, pasado y futuro, como lazos de unión con el presente; y al reflexionar sobre la evolución, buscamos un principio. De igual modo que contamos numéricamente desde el «0», basamos los principios sobre lo que llamamos nada, pero en esta expresión de nada se halla forzosamente implícita una petición que no puede ser ignorada y de la que nos ocuparemos más adelante.

La idea general del Todo es que tiene un orígen, un comienzo, un principio. Nuestra mente concibe un Primer término, sin ninguna definición especial; pero el hecho mismo de este Primero lleva consigo la necesidad de algo anterior a él. El primer minuto del día, el primogénito de una familia, el primer aliento de la vida

de uno, todo tuvo un algo anterior, aunque relativamente para el día, la familia y la vida, los acontecimientos subsiguientes evolucionan a partir de aquellos principios. Pero ninguno de esos acontecimientos se explica por sí mismo. Si hablamos de un primero, tenemos que decir que es un primero *precedente* de algo; y por lo tanto, no nos referimos a la Primera Causa en lo que vamos diciendo, sino a lo que está antes, pues Ello puede arrojar mucha luz sobre la Primera Causa.

Es necesario reconocer el importante factor de que, al aproximarnos a este profundo problema, lo planteamos desde un punto de vista que, por muy modificado o caracterizado que sea, no deja de ser el de un *sér,* el de uno que está en la *existencia,* con todos los prejuicios de su *seidad* evolucionaria. Al decir esto, no hago más que anticiparme a la objeción presentada por algunos pensadores. Yo no veo, sin embargo, que esto afecte a las conclusiones; yo *busco por mí mismo;* por lo tanto es imperativo que me conozca a mí mismo, al ir a usar mi único instrumento, la facultad de la mente.

Esta mente parece incapaz de formar concepto de lo que no existe. Si se apoya en ello, se presenta la imposibilidad. Su idea más aproximada, como antes se dijo, es el espacio en blanco, y eso es lo que llamamos la nada. Aun en las expresiones corrientes, tropezamos con el mismo dilema. En las palabras inglesas «*thing-less*» (sin cosa) o «*no-thing*» (nada o no-cosa), reside una afirmación, en cada palabra, de lo que trata de negar. Este no es un juego de palabras, sino un esfuerzo para mostrar que la expresión solo es un reflejo, como antes se dijo. Buscando más en nuestro interior, vemos que la mente confiere a lo que no es, un estado de sér, (la cualidad del no sér o *aseidad),* dando así a la nada una existencia, así como un yo.

La conclusión, pues, se presenta más y más imperativa en nosotros, de que una cosa es lo que puede ser *conocido;* y que nada o no-cosa es lo que no puede serlo. En esto, sin embargo, la mente parece esforzarse en cubrir su ignorancia. Lo que no existe en algún modo que sea para ella, es nada. En apoyo de esto viene el adagio «vacío como el aire». El progreso del conocimiento habiendo revelado la plenitud del aire, el adagio sólo con-

serva su virtualidad para aquellos que creen aún en que el aire es un vacío. Permitidme, pues, en mi investigación, ser introspectivo, y no sólo considerar aquello que me esfuerzo en conocer, sino también la naturaleza del conocedor. En todas las pesquisas, la ley de afinidad es válida. No sería propio designar a un minero para navegar por el Océano, por ejemplo; y aparece por lo tanto como una necesidad, considerar al conocedor así como lo conocido. Se impone así a nosotros la idea de que en el problema que consideramos, un algo busca una nada; la existencia busca la inexistencia; y así, en lugar de afinidad, tenemos oposición. Debemos, sin embargo, buscar la solución, pues de otro modo nos quedamos en el estado menos satisfactorio de todos, en el de conflicto, que nos impulsa a la solución por un predominio, o deja el antagonismo. El último estado no puede durar; así que, por otro esfuerzo, busquemos una solución.

Hemos visto que la «seidad» es lo esencia de lo cognoscible, y esto se aplica a todas las condiciones, desde lo más denso a lo más etéreo. Pero examinemos esa noción de la nada aún más estrechamente, y reduzcámosla, si podemos, a lo que debe reducirse con objeto de justificarla.

«La nada es (lo que) no es»; he aquí una definición tan completa y tan satisfactoria en términos generales, de la nada, como la mejor, a mi juicio, que se nos puede indicar. Como expresión exacta, sin embargo, no es satisfactoria en modo alguno. En ella se da a la nada una existencia al decir que «es», aun cuando esa existencia se arrebata de ella inmediatamente después, por la negación; pero no se puede quitar nada a menos que haya algo que quitar, y por lo tanto la negativa final es una prueba de lo que se trata de refutar. Eliminando el «es», que es la parte activa de la definición, se la reduce a «la nada no». Pero dando a la palabra nada su valor de no-cosa *(no-thing* en inglés), tenemos que considerar la expresión «no-cosa no» que es su equivalente. Aquí se presenta empero igual dificultad, pues tenemos que la «cosa» afirmada después del «no», es de nuevo negada por otro «no». Una no-cosa es algo particularizado; y el hecho de negarlo después por el «no», recalca la idea de la existencia, anterior a la negativa última. Así, pues, esto no nos sirve. No podemos dejar la expre-

sión en «no-cosa», pues entonces, como se ha explicado antes, la última condición es afirmativa e imposible para que llene nuestras exigencias.

Por este proceso estamos viendo que parece inevitable reducir la expresión a «no». «No-cosa no» era una mejora sobre «la nada es (lo que) no es», por ser menos afirmativa de la existencia; y es también evidente que «no-cosa» es la peor expresión de todas, porque permite la existencia. Todo lo que queda, por lo tanto, y lo que me parece lo menos discutible en rigor, es definir la nada por la negación «no». Es la mayor aproximación a la inexistencia que trato de expresar. No existe en ella afirmación *expresa;* es precisamente una negación. En esta negación, sin embargo, vemos que la exactitud de lo que trato de expresar no existe. La mente no queda satisfecha, sino que queda aún en ese estado de incertidumbre que se siente al comenzar estas reflexiones. En ella hay algo implícito; porque, si no lo hay, ¿a qué una negación? Lo que nunca fué no necesita ni afirmación ni negación; ¿cómo puede hacer otra cosa una negación que implicar una distinción? En esta distinción implícita es donde se revela lo poco satisfactorio de ello. Desde cualquier punto de vista que se considere, en cualquiera relación que se aplique, un «no» atribuye por su mismo carácter, un «es». Por mucho que analicemos, sólo encontraremos una diferencia atribuída, en la más rigurosa de las expresiones.

Dirijámonos por otra dirección. Vuelvo a mi símil numérico. Lo primero lo describo por el 1; lo que está antes de lo primero, lo describimos por 0. El punto interesante está en que representamos lo que está antes que lo primero. Si no existe, ¿por qué representarlo? Un número, de cualquier modo que se le considere, sólo expresa una limitación, una divisibilidad, un límite que varía en grado; pero siempre una limitación en alguna parte, en algo; y un primero exige una línea de principio, de igual modo que un segundo empieza detrás de un primero. Se puede anticipar que al buscar esta Nadidad, este Gran Vacío, esta Inexpresión, no busco lo que debiera buscarse, más allá del Primero, y lo que llamamos Primero es sólo un sinónimo. Pero esta busca de lo que antecede a un Primer término, sólo es la pesquisa de un principio real, y la busca de un origen me retrotrae a ello. Un principio es la partida

desde cierto punto; pero aún aquí, se vé enseguida que, cuando alcanzamos el comienzo, es necesario satisfacer la demanda de un «punto» de partida.

La comparación del «principio» con la Primera Causa, y del «Punto» con la Nada, me parece muy oportuna. Lo Primero no es primero, sin embargo, a menos que se encuentre el punto; es decir, a menos que lo descubramos antes de lo primero; y en esta busca del punto, la Nada no se encuentra. Si afirmamos otra cosa que la Nada, a lo que haya «antes de lo primero», sólo podemos llamarle un algo; y la misma demanda de un Punto queda sin satisfacer, pues tenemos que inquirir lo que era ese algo, y también si él destruye la idea del Primero. Sin embargo, la Nada es la suposición más razonable para el «Punto», aunque vemos cuán poco satisfactoria es para nosotros. La mente parece completamente incapaz de definir la Nada o No-cosa, pues en todas sus tentativas el resultado es el equivalente de No-Si, o Si-No, afirmación y negación, o negación y afirmación.

Esta ineptitud sólo es, sin embargo, un reflejo de la mente; y tengo que confesar que estoy intentando conocer lo incognoscible, de definir lo indefinible, porque no hay algo que responda en mí. Parece claro que el estado de inexistencia no se refleja en nosotros. Se trata de algo que trata de reflejar nada; y nos vemos forzados a buscar la reconciliación, si no podemos definir la «Nada». La mente es nuestro instrumento, y creo inútil decir que la mente sea falsa; porque, si lo hacemos, tenemos que probarlo, y entonces tenemos un obstáculo mayor que nunca, y tenemos que quedar descontentos a menos que a la mente la consideremos «veraz».

Parece evidente que, sea que al «Punto» le llamemos No-cosa o Algo, tenemos de todos modos el «Sér»; y eso tanto aplicado al individuo como al universo, al más minúsculo organismo como al sér humano.

Por este razonamiento resulta, pues, claramente, que nunca hubo Aseidad para lo que tiene Seidad. No hemos buscado en vano; no en vano hemos tratado de buscar un término exacto; no hemos visto inútilmente que, dado su carácter de seidad, nuestra mente es de naturaleza concreta cuando se la considera desde el

le vista de nuestras pesquisas; no hemos echado de menos
en, sin objeto; no hemos tropezado con obstáculos en este
n, sin recompensa.

ι Primera Causa existe sólo en tanto en cuanto Ella *siem-
istió;* de donde que la llamada Primera Causa es la Unica
Si la nada (aceptando la significación ordinaria de la pa-
no tiene parte en nosotros, nosotros *siempre existimos.* De
ιmada Primera Causa, somos una parte. No podemos des-
o ascender a lo que no es, donde no hay un «no es». No
os escapar de donde no hay escape. Somos una parte de
que conocemos, porque lo que conocemos es una parte de
os. No podemos reflejar otra cosa que nosotros mismos.
que nuestro concepto y nuestra imperfecta expresión
«nada» se deben a que tratamos de concebir y expresar lo
tiene cabida ni expresión para nosotros.

hubo Primero, pues no hubo precedente a un primero; y
lo Unico Indisoluble Incomenzado, que emerge como resul-
e esta investigación de la Nada, y que es la reconciliación
mos encontrado. Existe la gloriosa emergencia de la Inna-
le todas las cosas, en vez de una Primera Causa, como
do de esta tentativa. Hemos puesto de manifiesto la Ilimita-
en lugar de la Limitabilidad, pues nunca hubo un *No,* sino
e un *Es.* Según esta idea, una vez que se la concibe, no hay
ad. ¿Cómo puede ser así? Porque no se puede conceder un
que no tiene principio. Destruímos, como ilusoria, la idea
el nacimiento represente un comienzo; y por el mismo
ιmiento, que la muerte sea un fin, mostrando que no hay
ιe Inmanencia e Inherencia. Todos los estados y fases son
untos de vista»; sólo cambios en la conciencia, tal como se
de generalmente. Porque sólo hay esa Sempiterna Presen-
comenzada y Sin fin. Lo Primero es sólo Primero porque
o Precedente, y todo lo que *Es,* siempre *Fué.*

F. A. LAMPRELL.

do de *The Theosophist* de mayo de 1922, por J. Garrido).



EL MISTERIO DE LA INDIVIDUALIZACIÓN

POR E. A. WODEHOUSE, M. A.

El lenguaje mecánico en que necesariamente ha de ir envuelta gran parte de nuestras enseñanzas teosóficas, si han de hablarnos siquiera algo de las cosas que no hemos visto ni experimentado directamente, está llamado a ser para los más de nosotros en lo que concierne a la vida interna o realidad de las cosas así expresadas poco más que una serie de fórmulas algebraicas. La Teosofía Técnica, tal como nos la presentan los que han desarrollado un alto grado de conciencia superfísica, pone sólo una cosa al alcance de nuestra inteligencia: un esquema abstracto o armazón en que se presentan las relaciones coordenadas de los hechos. Los hechos mismos, los puntos de unión, los nudos del tejido de las *relaciones*, permanecen en gran parte y necesariamente fuera de nuestra comprensión. Conviene por muchos conceptos que nos afirmemos en esto con toda la sinceridad posible, considerándolo, no sólo como condición de la mayor parte de nuestros conocimientos teosóficos, sino como necesario. Así dejaremos de pedir a nuestros informantes que nos den lo que no pueden dar. También puede inducirnos a buscar, aplicando con alguna habilidad los métodos de interpretación más adecuados a nuestro estado de desarrollo, la manera de ver en los relatos abstractos algún sentido, aunque sea imperfecto, que corresponda con las ideas y los conceptos ya a nuestro alcance.

Una de las cuestiones — algunas veces ha llamado la atención del que esto escribe — que puede tratarse con prudencia, es la de la individualización. Por su lado externo o mecánico, el proceso, según se describe en los manuales, es muy fácil de seguir, hasta cierto punto. El desgajamiento o sub-división del alma grupal en unidades cada vez más pequeñas, considerado como mero proceso formal, es comprensible dentro de la región de los hechos, porque todos nosotros podemos imitarlo prácticamente despedazando una

le papel. Tampoco es muy difícil imaginarnos un punto más el cual toda división es imposible; en otros términos, cuando nos a una *individualidad* en el sentido radical de algo indi-e. Pero por el lado de la vida o conciencia, creo que ninguno que somos incapaces de la práctica oculta de identificar su encia con la sometida al proceso, pueda tener la menor idea hecho *a que* esta gradual subdivisióu *se parezca*. Empece-iciendo que en nuestro actual estado nos es imposible entrar conciencia de ningún orden de vida inferior a la nuestra , la del reino anlmal), sin importar en ella modos de pensar tir esencialmente humanos y por tanto impropios y engaño-lallándonos, como nos hallamos, todos nosotros por el lado á del momento crítico de la individualización, no podemos jarnos de lo que, después de todo, es el verdadero corazón y e real de nuestra vida como entidades conscientes, hasta el de imaginarnos más allá de dicho momento y percibir la ción de individualizado o miembro de una alma grupal. s se nos ha dicho exactamente cómo obra el alma grupal aun l lado mecánico. ¿Es necesario, por ejemplo, que los miem-de una conciencia colectiva se hallen en mayor o menos pro-lad recíproca? ¿Se mueven simultáneamento y del mismo por los impulsos procedentes de la cobijante vida? ¿Podrán dos criaturas pertenecientes a la misma alma grupal ins-a afinidad mutuà (por supuesto que aquí me refiero a los bros más evolucionàdos del reino animal), y estos sentimien-e parentesco — si existen — serán más pronunciados cuando na grupal se haya reducido ya considerablemente? ¿Existe, n, en dichos niveles alguna *conciencia grupal* en el sentido ferirse toda experiencia consciente de una simple criatura a fuera de sí a que vagamente se siente *pertenecer?*

n cuanto a ésta y otras muchas cuestiones, vivimos en com-ignorancia. No tenemos, pues, medios de introducirnos en nciencia de ninguna criatura en el momento de su individua-ón y averiguar lo que significa para él este cambio de impor-a enorme. ¡Qué! Este cambio revolucionario. Lo único que, juicio, podemos hacer, es examinar nuestra propia conciencia idualizada y extraer (si podemos) de ella el factor esencial e a nuestro entender consiste su importancia transcendental nsar sobre la razón de atribuir a la presencia o ausencia de factor un cambio tan enorme como el que se produce según sprende de la literatura teosófica.

orque todo lo que nos han enseñado dice que el cambio es in-ilable. Las fórmulas técnicas, que son todo lo que tenemos a tra disposición, enseñan: 1.° Que es el momento de la indivi-

dualización cuando la Mónada se enlaza por primera vez, determinadamente, con la personalidad; 2.º Que este enlace crea, aunque en ciernes, un vehículo enteramente nuevo en los niveles superiores del plano mental; 3.º Que este vehículo mantiene perpetua existencia hasta llegar a un punto muy elevado de su evolución, en que podrá pasar sin él, aunque, aún después, siempre podrá volverlo a crear a voluntad e instantáneamente; 4.º Que este vehículo del plano mental superior o causal no es el único que viene a la existencia, sino que trae consigo, aunque aún más en ciernes, dos vehículos más de orden más elevado; pues el Ego así formado por primera vez es una manifestación, no simple, sino triple; que se compone, no de Manas sólo, sino tambien de Buddhi y Átma.

Pero mucho más sorprendente que este nuevo estado de cosas es lo que se nos dice ocurrir en el mundo de la individualización; que una ola de Vida del Logos Mismo, enteramente nueva, entra en función; ¡más!; que un nuevo aspecto del Logos entra en obra; un aspecto que antes no ha tomado parte en la manifestación sino para ejecutar precisamente esta misma labor especial en otras entidades evolutivas que se han hallado en el mismo caso. El rasgo más saliente de este aspecto que la Teosofía identifica con la primera Persona de la Trinidad, el Primer Logos, es que, en lugar de actuar en los mundos manifestados por pulsaciones regulares, obedeciendo a ciertos grandes ritmos cósmicos, entra en actividad, por decirlo así, en los momentos peculiares; es decir, siempre que y donde haya alguna criatura pronta para su individualización. Parece, pues, a nuestro limitado poder de concepción que actúa menos como *ola,* (la palabra *ola* da a nuestra mente la idea de un momento en una sucesión rítmica) que como una especie de relámpago; como si algo, en el momento de pasar al vacío a través de la última corteza de la manifestación, se encontrara con un rayo que baja de algo residente en el oculto corazón de este mismo vacío; como si el semejante hiciera bajar de un modo misterioso a su Semejante, o, quizá más propiamente, como si lo positivo y negativo se unieran como lo hacen en el contacto eléctrico; y entonces el fenómeno es de polarización.

Sea como fuere la naturaleza exacta del proceso en la terminología técnica de *Primer Logos* y *Tercera Ola de Vida*, el mero hecho de realizarse entonces por primera vez esta formidable intervención en el campo de la manifestación, es indicación suficiente de la incalculable importancia de lo que ocurre en el momento de la individualización. Es indudable que aquí ocurre una crisis de suprema importancia; algo que, por sí, es digno de la intervención de una Fuerza Divina igual a la que en el caso de

ros dos aspectos y dos Olas de Vida de la Divinidad, se di-
ó en toda el área de la manifestación. Hablando en forma
xpresiva, tenemos aquí un animal en el punto de despren-
del alma grupal, invocando sobre su humilde vida una ex-
ón de Poder Divino que normalmente necesitaria para su
ción todo un sistema mundial e incalculables evos. El efecto
ıa tal intervención debe compararse con la grandeza del
e que interviene. Lo que se otorga a la entidad en este mo-
) debe de ser sin duda cósmico — quizá absoluto — en su sig-
ción.

ıora bien, si intentamos una descripción puramente mecá-
lel proceso, no encontramos una indicación específica de la
aleza de este factor de importancia inconmensurable. Es
d que el enlace de la Mónada con la Personalidad debe de
icar mucho, infinitamente más de lo que nosotros, para quie-
ı palabra *Mónada* apenas es más que un marbete, podemos
bir; pero, aun así, la especial evocación del hasta ahora la-
aspecto de la Divinidad Misma, parece implicar algo todavía
rascendental que esto. Sin embargo, esta descripción formal
a muy bien una cosa; y es que la concentración del alma
ıl en su punto final de subdivisión (una *alma-unidad* para
riatura) sólo juega un papel subordinado en esta profunda
formación; porque aun después de alcanzar esta última re-
ón, el fragmento del alma grupal así aislado se halla todavía
división inferior del plano mental. Dicho en otras palabras:
divisibilidad por sí no constituye la Individualidad. Sólo
a, en cuanto a los vehículos (porque el alma grupal, después
lo, por su aspecto material, no es más que un vehículo), qne
mino para la individualización está preparado. Lo impor-
es lo que ocurre luego; el ascenso final, el descenso del Rayo
reación de un *Yo* eterno, que en un momento convierte a la
ıra así transformadn en un ser de orden enteramente dis-

) creo que debemos considerar más bien el lado de la con-
ia, si queremos obtener alguna idea del verdadero significado
individualización; porque la cuestión parece ser de aquellas
e la experiencia común puede decirnos en cierto modo más
a mera investigación objetiva super-física. Quizá esto es así
ıe la transformación que envuelve es tan fundamental, que,
tantas otras cosas fundamentales, es esencialmente simple.
'ida, por ejemplo, es el mayor de todos los misterios; y sin
rgo, todos tenemos experiencia directa de ella que nos dice
le ella que definición alguna. Igualmente, este misterioso fac-
le la individualización, que le da su enorme importancia,

puede ser algo de que como materia experimental tenemos conciencia en todo momento de nuestra existencia como seres individualizados, por más que para comprender todo lo que significa, deberemos, cuando lo hayamos descubierto, transferirnos una vez más al aspecto de la forma y considerarlo desde fuera.

¿Cuál es, pues, el hecho fundamental que distingue a nuestra humana conciencia de la de cualquier orden de seres inferior al humano? ¿No es que el sujeto que percibe, reflexiona y conoce, pueda, por decirlo así, volverse dentro de sí y mirarse como objeto? Es lógico que pueda afirmarse a sí mismo; y este es el rasgo esencial que distingue a la auto-conciencia de la simple conciencia. El hecho de que yo sea consciente de mí mismo; de que pueda yo pensar de mi mismo, hablar de mí mismo, hacerme objeto de reflexión, anticipación y memoria, me es tan familiar a mí como el respirar, y, sin embargo, considerado con propiedad es uno de los misterios fundamentales de la vida. Porque en el momento en que nos preguntamos qué es este *Yo* que pnede, por decirlo así, mantener a distancia y contemplar a este *Mí*, nos sumergimos en el verdadero abismo de lo incognoscible. Para obtener siquiera un lejano vislumbre de la verdad, hemos de salir de nuestra subjetividad y buscar una explicación en visión externa o formal del Universo. Intentémoslo, pues, porque hay alguna razón para esperar que ha de arrojar luz sobre lo que, según lo vemos nosotros, es el misterio central de la individualización. Aquí, si en alguna parte, encontraremos el factor de tan suprema importancia, que para traerlo a existencia fué necesaria una manifestación especial de Dios mismo.

Una de las distinciones más iluminativas que la Teosofía con su admirable precisión nos ha traído es la de los modos trascendental e immanente del Ser Divino. La distinción está expresada concisa y sencillamente en un texto indo que siempre se cita en conexión con esto: «*Habiendo henchido todo este universo con un fragmento de Mí, Yo permanezco*». Esto, aplicado a un Logos o Regente de un Sistema Mundial, puede interpretarse en el sentido de que sólo una pequeña porción de Su Divina Vida se ha empleado por Él en Su Sistema para actuar como Fuerza Suya creadora, vivificadora y sostenedora, y otra mucho mayor permanece además y por encima de este Sistema sin manifestarse en lo que a él atañe. A la primera porción la llamamos Dios Immanente y a la segunda, Dios Transcendente. La distinción se deja ver por sí en sus términos puramente formales y no requiere aclaración de nuestra parte.

Ahora bien; si transferimos el dualismo a un nivel mucho más alto,—v. g. al del Logos de un Universo o agregado de Sistemas—

ıos suponer que se mantiene, y que sólo una porción de la ðe este Logos Superior ha entrado en la creación y sosteni- o del supuesto Universo, permaneciendo otra mayor además encima de ella, Transcendente e Immanifestado; y si hay r aún más poderoso, como el Logos de un Universo de Uni- s, también en aquel inconcebible nivel será aplicable el ɔ dualismo. Podemos, pues, considerarlo como regla que a la totalidad de las manifestaciones posibles y que tiene su lta aplicación como último dualismo del Uno Transcendente anifestado, Parabrahmán, y la porción Inmanente y Manifes- lel Uno, que es la Vida que vivifica y anima toda la infini- e universos y mundos creados.

emos de ver también que cada nivel está ligado, en cierto , con el inmediato superior. Por ejemplo, la porción de la Divina del Logos de un Sistema Solar, Trascendente con ión a Su propio Sistema, forma al mismo tiempo parte de la Inmanente del Superior Logos del Universo a que este Sis- Solar pertenece. De igual modo, la Vída Trascendente del s de un Universo es a su vez una porción de la Vida Inma- : del Regente de un Universo de Universos. Así vemos que dos los niveles lo Transcendente con relación a lo inferior es nente en relación con lo superior. No hay, pues, otro Trans- ente absoluto que Parabrahmán, como no hay Inmanente ab- o si no debajo de cierto nivel que se mencionará en breve. érminos son siempre relativos y ¿cómo determinar su relati- l? Una simple definición es imposible. Lo que más se acerca a es que toda conciencia, en cualquier nivel, puede consi- se como *transcendente* al área de su propia manifestación; que ella contempla como objeto y por tanto es esencialmente y como *inmanente* con relación a otra conciencia más ex- a y comprensiva que considera, a su vez, a ella como parte de perior manifestación, y, sin embargo, igualmente externa. ay, pues, nivel (por encima del punto citado hace un mo- o y en el cual *empieza la inmanencia* absoluta) en que no se entre algún género de *transcendencia,* aun cuando desde un o de vista más elevado puede ser absorbida o convertida en *nencia* de una conciencia superior. Finalmente, debemos tir como postulado el valioso y antiguo factor de que el tér- *trascendencia* se mueve constantemente. Puede considerár- elevado a un nivel superior con toda el área de manifestación e puede mirar como objetiva y externa. En cada etapa pode- concebir la conciencia en desarrollo agregando a sí al mis- iempo que rechazando como no - yo una área mayor de mani- ciún y elevándose en cada atracción y repulsión sobre el área

en cuestión, haciéndose así *transcendente* a ella. Y el proceso puede continuar por siempre. Así, la *transcendencia* considerada como relación entre la conciencia y su manifestación, es un factor permanente en el desarrollo de la vida. La encontraremos en todos los niveles hasta que en la infinita altura de las alturas llega a ser la Suprema Transcendencia del Absoluto, para el cual la totalidad de la manifestación es Yo y al mismo tiempo *No - Yo*.

Ahora, la cuestión está en ¿dónde empieza el gran dualismo de Transcendente a Inmanente? *Empieza en el mismo momento en que por primera vez en su historia la conciencia puede dirigirse a dentro de sí misma y mirarse como objeto.* Cuando pueda decir: «todo este yo activo, senciente y pensante, es Mí, y, sin embargo, Yo, su espectador, permanezco por encima de él conociéndolo como yo y mirándolo al mismo tiempo como un objeto y, por tanto, en cierto modo. como no - yo». Cuando pueda decir esto, el dualismo ha empezado ya y la capacidad para decir esto es precisamente lo que surge cuando la conciencia deja de ser simple y se convierte en auto-conciencia; y, según se nos enseña, esta transformación de la conciencia en auto-conciencia viene en el momento de la individualización. Así es que el fenómeno de la individualización por el lado de su conciencia, es el punto de partida del gran dualismo de Transcendente a Inmanente, que desde entonces se mantiene como factor permanente en el vasto esquema del desenvolvimiento de la Vida Divina y finalmente se pierde en la última dualidad de lo Absoluto y Su primera gran Manifestación que incluye todo, el Ishvara de la manifestación total. Empezamos, pues, a ver algo de la importancia cósmica del cambio qne ha necesitado para su realización la intervención de un aspecto completamente nuevo de la Divinidad.

El hecho es que debajo del punto de la individualización nos encontramos en la región que podemos llamar *Inmanencia absolnta*. La vida que vivifica los reinos inferiores de la Naturaleza es del todo *Inmanente*, porque aún no ha desarrollado la capacidad de diriglrse a sí misma y mirarse como objeto. Dicho de otro modo; hasta el punto más elevado del reino animal sólo contamos con la conciencia de la Naturaleza. Esta conciencia, al desenvolverse a través de los tres mundos inferiores, se va precisando gradualmente por un proceso de subdivisión, actuando por medio de unidades-vehículos cada vez más uumerosos, de modo que cada uno de ellos es menor y más definido que el precedente y producido por la fisura de éste. A esta unidad-vehículo llama la Teosofía *alma grupal*. Cuando el proceso de subdivisión llega finalmente, en los niveles superiores del reino animal, a un punto de especialización en que el vehículo-unidad es apropiado para una



ida en evolución, entonces llega la posibilidad de la *indi-lización*. El tremendo mecanismo, del cual la terminología a del Ocultismo nos da una ligera idea, se pone entonces en dad, rápidamente; de un modo misterioso, la unidad evolu-nte de vida *se abre camino*, y de pronto, en un momento su-), ha traspuesto los confines del Inmanente absoluto y em-la Transcendencia. La conciencia de la Naturaleza se ha auto-consciente. Desde este momento y para siempre una de esta vida, el sujeto percibiente, podrá mantenerse sepa-le la otra y mirarla objetivamente de Transcendente a Inma-; y, en virtud de esta facultad de Transcendencia, la vida ligada en promisión y potencia con la suprema Transcen-a de lo Absoluto Mismo. Ha establecido una relación en sí a, limitada en su área de actuación, pero *en género y esencia sma que entre Parabrahmán y el más elevado de todos los ras. En el momento de la Individualización el Microcos-el reflejo viviente del Macrocosmos, viene a la existencia. r a Hombre es entrar en una Orden eterna que culmina en vinidad; porque sólo en el momento de la individualización algo del cual pueda hacerse el futuro Dios*.

vemos, pues, cuán vasto es el edificio que descansa sobre e aparentemente débil de esta simple relación establecida de la vida en evolución por el nacimiento de la auto-encia. Tan pronto como tenemos un *Yo* y un *Mí*, en cuanto consciente puede considerarse a sí mismo como objeto, des-nos las infinitas perspectivas de Transcendencia e Inmanen-ue se extienden en línea recta a las mismas cumbres del Ser. ios brevemente si podemos explanar cómo obra el dualismo de la experiencia del hombre, tal como lo conocemos.

nte todo, pongamos en claro qué entendemos por *transcen-a* en este nivel inferior. El filósofo Kant expuso el significado rmino en su doctrina de la Unidad Transcendental de la epción. Vió que en toda nuestra experiencia consciente hay jeto percibiente a que se refiere conscientemente toda esta iencia, pero que se mantiene apartado, sin contacto con ella. uedo formar un millón de pensamientos, pero no por ello me ré desnudo. Mi yo percibiente ha entrado en todos ellos, *permanece*. Está activo, pero permanace eternamente apar-le sus actividades. En una palabra, es *transcendente*.

iora, ¿qué es *inmanencia?* Dirijo mi mente hacia mí, y en eo un ser pensante, sintiente y activo, a que reconozco como omo expresión de mi vida. Pero en el mismo acto de recono-como Mí, Yo (que lo reconozco), me disocio implicitamente Mí. Este Mí es mi *inmanencia*. Es la porción de mi ser en

que mi vida es inmanente y a que, como tal, reconozco como mi yo, y, sin embargo, desde mi punto de transcendencia la reconozco también como no *todo mi yo*. Es *mamamsha mi fragmento*. Yo, sujeto percibiente, permanezco sobre ella mirándola externamente como objeto percibido,

La relación entre el Yo y el Mi en la operación más sencilla de auto-conciencia es, pues, exactamente la misma, aunque en nivel inferior y en miniatura, que hay entre las Vidas Divinas Transcendente e Inmanente del Logos de un sistema mundial.

Ahora que se han aclarado los términos, creo que puede aplicarse la fórmula puesta a nuestra disposición a la consideración de las enseñanzas teosóficas de interés más inmediato para nosotros; a saber, las que brotan del desarrollo de la vida espiritual y por lo menos de las primeras etapas del Sendero Oculto. Puesto que el dualismo de Transcendente e Inmanente pertenece al hombre no menos que a Dios, sería posible traducir a sus términos el proceso évico de transformación del hombre en Dios. Sin embargo, puesto que hay un punto, no muy lejano relativamente, en nuestro avance, y en el cual el proceso se pierde de vista, habremos de restringir la aplicación de la fórmula a la parte de que sepamos algo, por lo menos en teoría, y esto abreviará la consideración.

Si nos fijamos en el hombre corriente del día, veremos que su vida auto-consciente contiene *tres* términos: el Yo que percibe, el Mi que este Yo contempla cuando se dirige hacia sí mismo y todo el mundo exterior. En otras palabras: en todo acto de autoconciencia soy consciente de mí mismo y al propio tiempo soy consciente también de todas las cosas que me rodean y que yo considero separadas aún de mi Mí. Así, pues, mi vida auto-consciente se compone de: 1.° Transcendencia, 2.° Inmanencia (yo mismo mirado como objeto) y 3.° Externalidad, que considero exterior a ambas. Para abreviar la nomenclatura llamémoslos Yo, Mí y Lo.

En el hombre no evolucionado, este Mí se halla, por decirlo así, envuelto en una cáscara, y no contiene nada del Lo. El Yo trabaja y lucha por el Mí y por nada ni nadie más; pero, si acaso llega a amar por algún tiempo y desinteresadamente a otro ser humano o criatura, se puede decir que encierra temporalmente a este fragmento del Lo dentro del círculo del Mí. Así es que se puede determinar el grado de desarrollo de cualquiera, en términos formales, por la cantidad del Lo que el Yo ha apropiado a Mí. En otras palabras; el crecimiento consiste en la expansión del Mí. El Yo, como sujeto, se mantiene por encima aun del incremento de su propio Mí, porque esta separación es de la verdadera

a o transcendencia. Todo lo que crece es su inmanencia; es todo paso en el crecimiento significa que el Yo incluye ma-xtensión de vida que puede contemplar como suya y por incorporada a su Mí.

s cosas llaman la atención en esta etapa de evolución típi-ıte *humana.* 1.° Que la completa incorporación de cual-fragmento del Lo al Mí es muy rara; 2.° Que toda idea de oridad es falsa. En la Naturaleza, considerada desde el pun-vista de la Divinidad, no hay realmente más que dos tér-; por consiguiente, todo crecimiento en el sentido de la dad debe consistir — en hipótesis — en la gradual desapari-el termino por absorción del Lo en el Mí, hasta que, por fin, ede nada de él. Pero, según las enseñanzas teosóficas, este so requiere una nueva facultad, y esta facultad necesita a su ı nuevo vehículo. La ausencia de éstos—facultad y vehículo el hombre vulgar explica lo — ya mencionado — de que es ara en la vida humana, tal como la conocemos, la absorción eta y permanente en el Mí aun del menor fragmento del Lo. r eso se nos dice que la primera definida etapa en el conocido ro que conduce de lo humano a lo Divino va señalada por pertamiento de dicha facultad a la actividad consciente y ón de su vehículo de expresión. Nos dicen que en la primera niciación se enseña al candidato por primera vez el uso de ciencia Búddhica con un vehiculo Búddhico apto· ¿Qué sig-esto en nuestra fórmula?

nifica que en esta gran crisis de su existencia, sale determi-ıente del mundo entrevisto por el hombre y entra en el ɔ visto por Dios; porque en el nuevo mundo a que pasa no ada del Lo. Lo que antes veía como Lo, en la nueva visión a adquirido lo ve incorporado a su Mí. Nos dicen que el e que ha despertado la conciencia del plano Búddico ve a los hombres como partes de sí mismo. Se han hecho partes *vida inmanente*, lo que el Yo transcendente mirándose a sí) ve como perteneciente a su Mí. El Iniciado ha dejado defi-ente el mundo de tres términos — Yo, Mi y Lo — y ha en-en el de dos Yo y Mí. Por eso es que una vez entrado en ıundo no puede salir de él, porque dentro de él se ha desper-a facultad y se ha construído un vehículo para el cual ya no ercer término, Lo. Por mucho que se obscurezca su visión ıa, por mucho que aparentemente en su manifestación ex-se vuelva a hundir en el mundo de los tres términos, en su aleza más íntima ha dejado de ser un habitante de aquel ɔ. La tarea consiste meramente en imprimir en sus vehículos ores el sentimiento de esta nueva nacionalidad, en la cual

ha sido adoptado; la ciudadanía del mundo de que ha desaparecido el Lo y en que no hay más que Transcendencia e Inmanencia. Y ahora, en este punto, surge lo que yo juzgo una idea del mayor interés, de la más bella iluminación del carácter del dualismo de que estamos tratando.

Dicen que cada gran Iniciación es una prueba que invoca a la fuerza y valor latentes en el nivel superior. ¿Será imposible obtener alguna idea, aun expresada en términos puramente formales, de la naturaleza de esta primera gran Prueba! El candidato viene, como hemos visto, de un mundo en que hay tres términos: Yo, Mí y Lo, y se le pide su inmersión en nuevo mundo de sólo dos; Yo y Mí. ¿De qué tiene miedo? Podemos imaginarnos que lo tiene de perder el Yo al desaparecer el Lo. En este momento parece hallarse en el palo la parte más íntima de su ser, el Yo Transcendente. Y, según nos dicen, en el primer momento del salto parece haberse perdido el Yo. Se siente una gran obscuridad y carencia absoluta del ser. Pero, al fin, el candidato sale para ver que lo que parecía disolución del Yo no es más que la expansión del Mí. El Yo permanece transcendente como siempre. Ahora es cuando bajando la vista hacia su Mí lo contempla como su vida inmanente, indefinidamente engrandecido por la apropiación de Lo a esta inmanencia. Los términos segundo y tercero se han fundido en uno, pero el primero permanece. Inalterado, apartado, intacto, habita lo que Kant llamó la Unidad Transcendental de Apercepción. Ha terminado el gran proceso qne, en nivel infinitamente elevado, le hace a Dios Mismo decir: «Habiendo henchido todo este universo con un fragmento de Mí, Yo permanezco».

Todos los que han alcanzado altos grados de conciencia atestiguan que aun la más completa identificación con el mundo de otras vidas no disminuye ni un ápice el sentimiento del *Yo*. El hombre sigue siendo el mismo, un individuo; ¡más!, su sentimiento de individualidad es más agudo que nunca. Esto les parece a muchos obscuro, pero creo que nuestra fórmula nos ayudará a comprenderlo. *El secreto está en que la identificación con otros es una identificación de éstos con el Mí y no con el Yo*. Aun habiendo llegado al grado supremo, el Yo percibiente puede bajar la vista hacia esta extensión de su ser y mirarla como objeto. Antes de la sumersión — cuando la extensión del Mí así simbolizado parece negar la posibilidad de continuar manteniendo la sensación del yo, es cuando el verdadero Yo del hombre parece en peligro. La inmersión en más vasta inmanencia debe parecer de antemano, siempre, que envuelve la total sumersión del Transcendente mismo. Creemos que si damos este salto desesperado nos quedaremos sin el *Yo;* y, sin embargo, después de dar el salto

continúa el Yo, firme, impasible, brillando como una estrella en el claro cielo. La única alteración que ha habido es que ahora brilla sobre un Mí más grande, que abarca todo, más glorificado. Y podemos imaginarnos el proceso repitiéndose en cada gran etapa de la vida espiritual hasta que la conciencia de un niño de este sistema mundial, después de su inconcebibie inmersión última, emerge para encontrar que su Mí se ha hecho uno con la totalidad de Dios Inmanente y su *Yo* se mantiene por encima aun de esto, en el libre éter de Dios Transcendente. Y todavía podemos llevar la imaginación más lejos, a regiones aún más inefables; pero, por alto que subamos, siempre encontraremos el mismo gran dualismo: un Mí más vasto y un Yo más libre. Sólo crece lo Inmanente; lo Transcendente se mantiene por encima aun del crecimiento mismo. A la luz de nuestra fórmula el conocido proverbiò «el Universo se torna en Yo», debe substituirse por «el Universo se torna en Mí». El Yo permanece transcendente al Universo mismo, porque entonces se ve al Universo sólo como totalidad de su propia Vida Inmanente. «Habiendo henchido todo el Universo con un fragmento de Mí, Yo permanezco».

* * *

Creo que las observaciones arriba expuestas habrán invocado una verdad aún más profunda sobre el Yo transcendente; y es que en la transcendencia misma hay una cualidad *absoluta* que le pertenece desde el primer momento de su emergencia y se halla completamente apartada de toda cuestión de crecimiento. Porque hemos visto que el Yo transcendente permanece en todos los niveles sin que le afecte en nada la extensión (de aquí que por crecimiento se entienda *elevación)* del Mí. Puede aparecer temporalmente sumergido en el proceso de la extensión; pero, en cuanto ésta se afirma, aparece otra vez libre, intacto, como siempre. Es, pues, algo que se halla completamente fuera y apartado de la totalidad del gran proceso de crecimiento. Sólo crece su manifestación, o según hemos convenido, su *inmanencia;* él permanece eternamente el mismo. En una palabra: es—debe ser—el Yo Absoluto de que todos los Místicos y Ocultistas han hablado. Para realizarse completamente, no tiene que tornarse en nada mayor que él. No tiene más que incluir dentro de sí (según nosotros, dentro de su Mí), la totalidad de la Manifestación, y en el mismo acto de la inclusión debe, como Sujeto, disociar este Todo Manifestado de su ser transcendente, contemplándolo como Objeto y por lo tanto, externo. En otras palabras; cuando hayamos realizado lo que se llama nuestra *unión con el Yo*, absorbiendo el Todo en

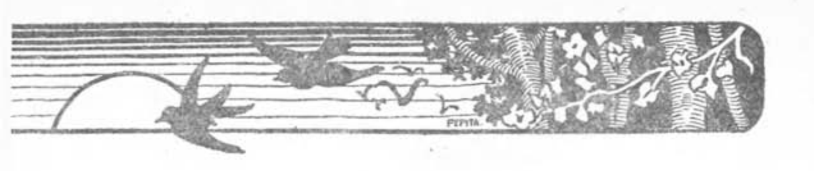
lo que es, se nos dará a conocer entonces como nuestra Conciencia Individualizada. Todo él formará parte de nuestro Mí, y el Yo de cada uno de nosotros, el Yo Transcendente que percibe, permanecerá. No hay modo de comprender este último y mayor de los Misterios con ninguna facultad de las que hasta ahora poseemos; pero la conclusión es inevitable. El Yo, el Sujeto Transcendente, no será absorbido en Aquello: Aquello será absorbido en Mí; y yo contemplaré esta totalidad infinita de mi Ser, con visión que lo trascienda. Sobre su Inmanencia se remontará mi transcendencia, tan libre, tan absoluta como siempre.

Si esto es cierto, lo es desde el primer momento en que el gran dualismo aparece. Cuando la simple unidad del alma grupal sale de la región de la Inmanencia absoluta y en el acto de la individualización toca por primera vez lo Transcendente, se halla en contacto con algo más grande todavía que la vida del Logos que anima el sistema mundial a que ella pertenece. Está tocando lo Absoluto, Parabrahman Mismo. Esta gran Ola de Vida del Logos que, relampagueando desde lo alto, la inflama en Individualidad, no es más que el Portador del Mensaje más elevado. Lo Profundo ha llamado a lo Profundo. Lo Absoluto ha saltado en busca de lo Suyo.

Este es el gran Misterio. En todo acto de auto-conciencia, el Yo transcendente aun de la vida recién individualizada es el Absoluto Mismo. Ningún artificio qne nosotros podamos tramar podrá encadenarlo nunca. En todos los niveles nos elude. Es *el* Yo. Y el hecho de que actúa en nosotros aquí y allá, que forma parte de nuestra conciencia común y diaria, refuerza la profunda verdad del antiguo proverbio, que no es «yo seré Aquello», sino «yo *soy* Aquello». Estamos separados de la plena realización de nuestra Divinidad, no por imperfección del Yo sino solamente por las limitaciones del Mí. Aunque nuestra fórmula no haya hecho más que aclarar este punto, habrá servido a un propósito admirable.

Esto tosca e imperfectamente expresado, le parece ser al que esto escribe el Misterio de la Individualización, acerca de la cual se han dado tan expresivas ideas por el lado formal en nuestra literatura teosófica.

(Traducido de «The Theosophist», de Junio de 1922, por Juan Zavala.)



SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

e aquí como puede ser explicado, en esencia, el argumento ıustenta la religión cristiana ortodoxa sobre el sacramento ıatrimonio,

° Tentados por el demonio, nuestros primeros padres pe- ı y por ello fueron arrojados del Paraíso, y en consecuencia, aron sujetos a la Ley y a la muerte, de la que no podían esca- ›or su propio esfuerzo.

° En su grande amor por los hombres, Dios envió a su Hijo énito al mundo para redimirlos y establecer en él, el reinado ielo. Luego la muerte será al fin vencida por la inmortalidad.

ste sencillo credo ha hecho sonreir compasivamente a los ;, a los puramente intelectuales que han profundizado en filo- s trascendentales y también a muchos que estudian la Mis- sa Doctrina Oriental. Pero tal actitud es enteramente gra- , según vamos a demostrar.

n primer lugar, hemos de reconocer que los guías divinos no eran permitido que millones de seres vivieran eu el error nte siglos y siglos. Cuando se despoja a la misteriosa Doc- . Oriental de todo exceso de demostraciones y prejuícios y ɛtalladas descripciones secundarias, se ve claramente que sus ñanzas concuerdan con las de la Doctrina Cristiana Or- xa.

:ubo un tiempo en que la humanidad vivía en la pureza, des- ciendo la tristeza, el dolor y la muerte.

ìgamos, también, que no es una supercheria ni un mito de la :iandad el «tentador personal» (demonio), pues los espíritus ucifer fueron realmente ángeles caídos que tentaban y están

tentando aún al hombre, valiéndose de la sugestión, en la fase material de su existencia donde el hombre está supeditado a la Ley de la decrepitud y de la muerte.

Muy cierto es asimismo que la misión de Cristo fué la de ayudar a la Humanidad a elevarse a un estado más sutil en el cual no será necesaria la disgregación para librarse del cuerpo denso. Este es realmente un cuerpo de muerte del cual vive únicamente una pequeña porción, pues, una parte de su masa es materia nutritiva que no ha sido todavía asimilada y otra gran parte está ya en camino de la asimilación, encontrándose entre ambos polos la substancia que es enteramente vivificadora por el espíritu.

Hemos considerado ya, en números recientes, los Sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía que afectan particularmente al espíritu. Vamos ahora a tratar de la parte profunda del Sacramento del Matrimonio que afecta al cuerpo.

Cual los otros Sacramentos, la institución del matrimonio tuvo su principio y tendrá su fin. El principio fué expuesto por Cristo cuando dijo: «¿No habéis leído que el que los hizo al principio, macho y hembra los hizo? Por tanto, el hombre dejará padre y madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne. Así que no son ya más dos, sinó una carne. (San Mateo, Cap. 19. - Versículo 4 - 6.)

Del mismo modo indicó Crislo el fin del matrimonio, diciendo: «Porque en la resurrección ni los hombres tomarán mujeres ni las mujeres maridos, mas serán como los ángeles de Dios en el Cielo. (San Mateo. — Cap. 22. — Vers. 30).

La lógica de la enseñanza que encierra este pasaje, es evidente, pues el matrimonio es necesario para que se produzcan, por el nacimiento, instrumentos nuevos que vengan a suplir los que la muerte destruyó; y cuando la muerte sea absorbida por la inmortalidad, y no sea preciso, por lo tanto, producir nuevos instrumentos, el matrimonio no tendrá razón de ser.

Con admirable audacia, la ciencia ha creído haber desentrañado el misterio de la fecundación, y nos ha explicado de qué manera se opera aquella en la matriz; cómo está formado el huevecito recluído en la obscura cavidad; cómo sale de allí para introducirse en la matriz por las trompas de Falopio; que allí



:tra el zoospermo del hombre, quedando así completo el em- ı del cuerpo humano.

arece, pues, que la ciencia ha hallado, por fin, la «Fuente y en de la Vida». Pero la vida no tiene principio ni fin, y lo que encia considera ser fuente de la vida, no es más ¡ay! que el en de la muerte, ya que todo lo que nace de la matriz irá a .r, tarde o temprano, a la tumba.

:l matrimonio, al mismo tiempo que procura nacimientos, ·ee de alimento a la voracidad insaciable de la muerte, y ıtras el matrimonio sea necesario para la generación y el na- ento, la desintegración y la muerte serán inevitables.

:s de primordial importancia conocer la historia del matrimo- sus leyes, la duración de su institución y cómo puede ser es- ualizado.

:uando obteníamos nuestro cuerpo vital en «Hiperbórea», el la Luna y la Tierra estaban unidos y las fuerzas lunisolares nitían a los seres perpetuar su especie respectiva por medio ı yema y el esporo, tal como sucede en ciertas plantas de hoy Los esfuerzos del cuerpo vital para ablandar el vehículo so y mantenerlo vivo, no se interpenetraban a la sazón con ' este cuerpo-planta vivía por edades.

:l hombre era entonces inconsciente y estaba en estado esta- .ario como una planta, es decir, no hacía esfuerzo alguno. La :ión del cuerpo de deseos despertó en el hombre incentivos y elos y de la lucha del cuerpo vital (que construye) con el ·po de deseos (que destruye el cuerpo denso), resultó la con- .cia.

'or consiguiente, la disolución de ambos cuerpos no es más una cuestión de tiempo.

-a energía constructiva del cuerpo vital fué también necesa- ıente dividida. Una parte o polo servía para las funciones vi- s del cuerpo y la otra para reponer el vehículo perdido por sa de la muerte. Así como los dos polos de un imán o de dinamo son necesarios para la manifestación de fuerza, así bién dos seres de sexo contrario fueron indispensables para la eración.

:l matrimonio, pues, y el nacimiento fueron precisos para con-

trarrestar los efectos de la muerte. De donde resulta que la muerte es el precio que pagamos por nuestra conciencia en el mundo presente.

El matrimonio y los nacimientos repetidos son nuestra arma para combatir al rey del terror (la muerte) hasta que, cambiando nuestra constitución, lleguemos a ser como ángeles.

Nótese bien que no decimos llegar a ser ángeles, sino «como ángeles», pues los ángeles son la humanidad del Período Lunar. Ellos pertenecen a otro orden de evolución enteramente distinto del nuestro. Esta diferencia de evolución entre el ángel y el hombre es equivalente a la que existe entre los espíritus humanos y los espíritus de los animales actuales.

En su carta a los hebreos decía San Pablo que el hombre fué hecho «poco menos» inferior a los ángeles. El hombre desconoció la materialidad durante el «Período de la Tierra», al paso que los ángeles jamás habitaron un mundo más denso que el éter. Del mismo modo que nosotros construímos nuestro cuerpo con los elementos químicos de la tierra, los ángeles forman el suyo del éter. En esta substancia residen todas las fuerzas de la vida, y una vez el hombre llega a ser como los ángeles y aprende por consiguiente a construir su cuerpo del éter, ya no está sujeto a la muerte y no necesita, por ende, del matrimonio para producir nacimientos.

Pero mirando el matrimonio desde otro punto de vista; considerándolo más bién una unión de almas que de sexos, descubrimos el sublime misterio del Amor. La unión de sexos sirve, desde luego, para perpetuar las razas, pero el verdadero matrimonio une también a las almas, sublimando los sexos.

Los seres que se juntan en el elevado plano de la intimidad espiritual, ofrecen sus cuerpos en aras del «Amor del no-nacido», atrayendo así al espíritu que espera entrar en un cuerpo sin mácula concebido. He ahí como la humanidad puede redimirse del imperio de la muerte.

Hallaremos evidente lo dicho, si comparamos la acción bienechora del cuerpo vital con la del cuerpo de deseos en el paroxismo del deleite sensual, en cual estado, el hombre pierde el dominio de si mismo; sus músculos adquieren extraña rigidez, y la energía



osa se pierde en proporciones enormes, quedando luego el
ɔo sumido en un profundo abatimiento que puede durar al-
s veces semanas enteras. El trabajo más pesado no fatiga
ımente tanto como aquel acto natural cuando se realiza con
ıl frenesi. El niño concebido con tan intensa pasión, nace
ıocas probabilidades de gozar luenga vida, y así vemos que
aros en nuestros días los casos de longevidad por el aterra-
ncremento de la mortalidad infantil.

as tendencias constructivas del cuerpo vital, que es el vehícu-
l amor, no se pueden analizar mny fácilmente, pero la obser-
ɔn y la experiencia demuestran que el gozo espiritual vigoriza
la. Podemos, pues, deducir que el niño concebido en condi-
ɛs de armonía y cariño, tendrá más probabilidades de vivir
ɛl que fué engendrado en un momento de pasión violenta.

ɛgún se lee en el Génesis, fué dicho a la mujer: «Con dolor
ás tus hijos». Los comentadores de la Biblia no han llegado
ɔlicarse nunca qué relación puede haber entre el hecho de
ɛr la fruta prohibida y los dolores del parto; mas si compren-
ɔs las explicaciones que nos da la Biblia sobre la castidad del
de la generación, pronto descubriremos que aquella relación
e real y positivamente.

ıbido es que la insensitiva madre etíope o india, poco despues
aber dado a luz reanuda sus habituales quehaceres en la
ja o en el campo, mientras que a la mujer occidental, más
tiva y de un temperamento nervioso más refinado, le es muy
l la prueba de la maternidad, pese al auxilio que recibe de la
ia.

ɔn varias las causas que contribuyen a ello, figurando en pri-
término la falta de selección. No deja de ser chocante lo que
re; ponemos un cuidado asaz escrupuloso en la selección de
ros caballos y demás ejemplares de ganado para la cría, con
ra de obtener el mejor rendimiento posible, y en cambio, des-
ımos la selección del futuro padre o madre de nuestros hijos.
casamos por impulso, a favor de las leyes establecidas que
acilitan grandemente la entrada eu el templo de himeneo.

as palabras pronunciadas en el acto del casamiento por el
rdote o juez, parece que son como una licencia que nos dan

para obrar a nuestro capricho, y poco o nada nos fijamos en que el legislador no tiene poder alguno para contravenir la ley de Dios.

Entre los animales, el ayuntamiento carnal se verifica en épocas determinadas y la hembra es respetada por el macho durante el período de la gestación. No sucede así, por lo general, en la especie humana.

Dígase, pues, si ante los peligros que ofrece la maternidad, no es tiempo ya de que se ponga remedio al mal mediante una relación más sana entre los cónyuges.

La astrología revela el temperamento y tendencias dc todo ser humano. Por la astrología, pues, pueden descubrir dos seres el modo de unirse para vivir una vida de verdadero amor, y esa misma ciencia les indicará el momento en que las líneas interplanetarias de fuerza son propicias para evitar los dolores del parto.

Por consiguiente, la ciencia astrológica nos da el medio de obtener del seno de la madre naturaleza, hijos de amor, dotados de dilatada vida y de salud perfecta. Finalmente, día vendrá en que esos cuerpos sean tan perfectos en su pureza etérea que puedan subsistir hasta la Edad venidera, lo que hará superfluo el matrimonio.

Y aun que ahora nos amemos, viéndonos unos a otros a través de un cristal obscuro y de la máscara de la personalidad o del velo del engaño, estamos persuadidos de que el amor espiritual, purgado de toda pasión en el crisol del dolor, será mañana nuestra joya más esplendorosa en el cielo, cuyo pálido reflejo es el amor en la tierra.

MAX HEINDEL

(Traducción de J. Más, del «Rays from the Rose Cross»).





PUÑADO DE VERDADES

LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA EN ÁFRICA

o se pueden contemplar los hechos que nos comunica el telégrafo de lo que sucede en Africa, sin traer a la memoria lo que España hizo en siglos pasados.

Hay una ley justa e inexorable que la sabiduria arcaica denomina ley del karma, que es el Debe y
er de cada hombre, de cada familia, de cada pueblo y de
ación.
ley ha hecho que hombres de todas las razas combatan en
torio de Francia liquidando el karma colectivo de las
es.
os de maldades, de mentiras y de hipocresías se han liqui-
la última gran guerra; y la España de hoy, que no tomó
n aquélla, está liquidando ahora el mal karma que le pro-
expulsión de los judíos y moros, decretadas por un rey
imbécil, sugestionado por frailes, quienes acusaban a los
e israelitas del *gran delito* de no ser católicos, apostólicos
os.
hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague»
viejo refrán, y ese plazo ha empezado a cumplirse para la
valiente España.
omos verdaderos cristianos y creemos en la justicia divina,
s que aceptar que lo que sucede actualmente en Africa
implimiento de la santa ley del karma, que hace justicia,
elación, porque ésta no existe cuando se trata de leyes
s.
é hizo España con los moros?
ndo los expulsaron, hacía siete siglos que habitaban
española, erigiendo en ella monumentos que hoy todavia
jeto de la admiración de la humanidad; y eran esos moros
pañoles como el rey que los expulsó; y, doloroso es recor-
fueron expulsados hurtándoles sus tierras de labranza, sus
sus sembrados, sus muebles y en una palabra, todo lo que
n. Verdad *que el delito* era grave, no adoraban a la Divi-
por un rito igual al católico!!
ié se hizo con los israelitas?
procedió con ellos como con los moros, se les expulsó por-

que adoraban a Dios por un rito diferente del católico, apostólico romano.

Esos judíos, que España expulsó, fueron a enriquecer a Francia y a Inglaterra, pues eran hombres de talento, honrados y laboriosos.

Es conocido aquello de que no hay un solo mendigo judío en el mundo. El altruismo reina entre ellos.

La España monárquica que expulsó a moros y judíos por ser infieles, está pagando hoy con la sangre de sus hijos y con su tesoro, el delito que cometió al expusar de su verdadera patria a los que la habían enriquecido con su labor e inteligencia.

No hay nada casual en el mundo, pues ya sabemos que los hombres no son más que fichas sobre el tablero, dirigidas por la mano del Altísimo.

Olvidamos que somos viajeros del plano terreno al plano astral y de éste al mental para volver a la tierra en cumplimiento de la justa y eterna ley de evolución, luchando con nosotros mismos para perfeccionarnos y poder alcanzar así las más altas cumbres del Espíritu, a las que han llegado los directores de humanidades.

Graves sucesos se preparan. El mundo contemplará en los años venideros (1922-1923) lúgubres acontecimientos, pues empezará a derrumbarse el mundo viejo al que pertenecemos, surgiendo de sus escombros un mundo de luz, de amor y de fraternidad, que es el mundo que soñaron los girondinos de la gran revolución francesa de 1789.

Nuestros antepasados actuarán entonces en la tierra, despues de haber cumplido las diversas etapas a que están sujetos los seres humanos,

El Cristo, en su próxima visita al mundo, fundará la religión mundial, base de la fraternidad entre los hombres, pues no habrá luchas por diferencia de ritos.

Y entonces habremos asegurado la paz en el mundo.

Lob Nor.



SOCORROS A RUSIA

Habiendo quedado encargada de recoger en España los socorros para nuestros hermanos rusos, cúmpleme dar cuenta tanto de la situación en que se hallan como de los fondos recogidos, y a fin de que todos nos demos cuenta de que en manera alguna ha pasado su necesidad, extractaré a continuación algunos párrafos de una carta que con fecha 1.° de Julio ha dirigido el Vice-Presidente de la S. T., Sr. Jinarajadasa, a todos los Secretarios Generales del mundo, en cual carta copia integramente otra recibida de un teósofo ruso a quien conoce personalmente, que se halla actualmente en Londres y actúa de Secretario del Fondo Internacional de Socorro inmediato a los M. S. T. y M. O. E. O. en Rusia.

Dice este hermano:

«El Secretario de la Estrella en Petrogrado escribe: «No po-



déis imaginaros lo valerosos y constantes que son todos los hermanos y cuán perfectamente unidos están; venimos a ser como las notas de un piano gastado que, sin embargo, nos esforzamos en hacer sonar la música que tanta falta hace hacer oir en medio de esta noche terrible en que las estrellas debieran brillar más que nunca. Todos estamos o hemos estado enfermos, pero hasta ahora sólo uno ha muerto». *Hasta ahora* sólo uno, ¿y cuántos seguirán? Yo conozco a tres que están muriendo de tuberculosis, pero ¿cuántos otros habrá a quienes no conozco? Yo he sido testigo del heroismo e inalterable contento con que han soportado los sufrimientos de todos estos años, y de su fidelidad a la obra de la S. T. y O. E. O . . . .

. . Le pido mil perdones por haberle molestado con este asunto, pero, sin exageración, es cuestión de vida o muerte para nuestros hermanos de aquel país..... Después de ocho meses de vida normal no han desaparecido todavía en mí los efectos de los últimos cuatro años pasados en Rusia. ¿Qué será, pues, de los que continuan viviendo en medio de privaciones que cada día aumentan?...»

Y el organizador del Fondo Internacional nos dice:

«Si pudiéseis ver, como nosotros hemos visto, los pedacitos de papel que han viajado hasta nosotros desde Rusia y que representan los recibos oficiales firmados por los receptores de los víveres personalmente, y pudiéseis leer, como nosotros hemos leído, la frase inolvidable: «Os bendecimos con cada miga que comemos», no dudamos que, aun cuando se ha respondido bien hasta ahora, con lo cual hemos podido asegurar la vida a unos 200 de nuestros hermanos por cinco meses, todavía se daría más, cada amigo traería a otro, hasta que todos aquellos hermanos a quienes podemos llegar queden libres de su horrible ansiedad y podamos, además, asegurarles la renovación de socorro, pasados 5 meses».

Recaudado desde el 27 de Agosto: Barcelona: D. Tomás Montané, Ptas. 15; Un miembro O. E. O., 10; D. E. Ferruz Borbón, 10; D. R. Crespo, 5; D. N. Carabella, 5; dos donantes anónimos, 3; Sras. L. y E. Nicolau, 17. — Total: Ptas. 65, cantidad remitida a Londres en un cheque, el 8 de Septiembre.

Cada vez que llegue a 65 Ptas. (o el equivalente de diez duros) lo recaudado, se remitirá inmediatamente a Londres, ya que con esta cantidad aseguramos por cinco meses la vida a un hermano.

No estará de más hacer constar lo excelente de la organización americana encargada de la distribución de estos socorros, la cual en caso de no hallar al destinatario de los víveres, devuelve el dinero, que se aprovecha para otra persona.

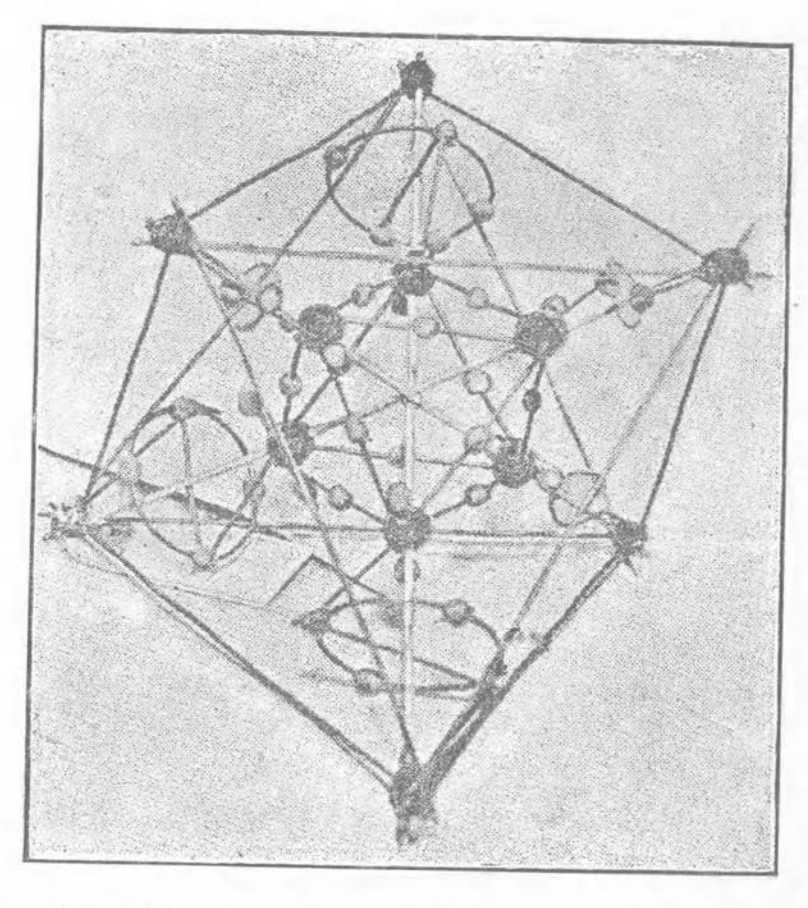
Gracias a todos en nombre de los favorecidos.

ESTHER NICOLAU.

Barcelona, 17 Septiembre 1922. (Claris, 14, 2.º)

" Por omisión involuntaria se dejó de publicar oportunamente, la lámina grabado titulada: MODELO DE UNA MOLÉCULA que en el número actual se acompaña, correspondiente a la página 231 del número de Agosto del año corriente."

Imprenta de Juan Sallent - San Quírico, 32 y Jovellanos, 24 al 28 - Sabadell



MODELO DE UNA MOLÉCULA SEGÚN LOS HOMBRES DE CIENCIA